

CLÁSICOS UNIVERSALES

The cover features a stylized illustration of Romeo and Juliet in silhouette against a solid orange background. They are shown in profile, facing each other as if about to kiss. Romeo is on the right, wearing a cap and a long-sleeved tunic. Juliet is on the left, wearing a headscarf and a long dress. The background is a solid, vibrant orange. In the top left corner, there is a dark silhouette of a tree branch with leaves. The title 'ROMEO Y JULIETA' is printed in large, white, sans-serif capital letters across the middle of the image. Below the title, the author's name 'WILLIAM SHAKESPEARE' is written in a smaller, orange, sans-serif font. Underneath that, the translator's name 'CONCHA CARDEÑOSO' is written in a smaller, white, sans-serif font. At the bottom center, there is a small white circle containing the publisher's logo 'bam bú' in a black, lowercase, sans-serif font.

ROMEO Y JULIETA

WILLIAM SHAKESPEARE

TRADUCCIÓN DE
CONCHA CARDEÑOSO

bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *Romeo and Juliet*

© 2012, de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

© 2012, del cuaderno documental, Miquel Desclot

© 2012, de las ilustraciones del interior, Toni Deu

© 2012, de la ilustración de la cubierta, Fernando Vicente

© 2012, de esta edición, Editorial Casals, S.A.

Casp, 79 — 08013 Barcelona

Tel.: 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret

Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí

Imágenes del cuaderno documental: © Album/akg-images,

© Corbis/Cordon Press.

Primera edición: febrero de 2012

ISBN: 978-84-8343-180-1

Depósito legal: B-139-2012

Printed in Spain

Impreso en Índice, S.L.

Fluvià, 81-87 — 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ÍNDICE

Nota de la traductora	5
Personajes	7
Prólogo	9
Acto I	11
Acto II	43
Acto III	73
Acto IV	107
Acto V	125
Cuaderno documental:	
Shakespeare & Romeo & Juliet	145

ACTO I

ESCENA I

[Domingo por la mañana.]

Una calle de Verona.

Entran SANSÓN y GREGORIO, de la casa de los Capuleto, armados de espada y broquel.

SANSÓN: Por éstas, Gregorio, que no nos la cargamos más.

GREGORIO: ¡Calla, que nos tomarían por mulas de carga!

SANSÓN: Me refiero a que, si se ponen cargantes, ¡nos lanzamos a la carga!

GREGORIO: Eso. Antes lanzados que cargados.

SANSÓN: Es que yo, si me provocan, respondo a la primera.

GREGORIO: Pero nunca eres el primero en responder.

SANSÓN: Me provoca cualquier perro de la casa de los Montesco.

GREGORIO: Si te provocan, te mueves, y si eres valiente, plantas cara. Por lo tanto, si te mueves, es que pones pies en polvorosa.

SANSÓN: Cualquier perro de esa casa me provoca a plantar cara. Si me cruzo con uno en la calle, lo echo del lado de la pared, sea hombre o doncella.

GREGORIO: Así demuestras lo débil que eres, porque los más débiles se arriman a la pared.

SANSÓN: Cierto; por eso mismo siempre arriman a las mujeres a la pared, porque son la parte más débil. Verás que echo a los Montesco de la pared y contra la pared arrimo a sus doncellas.

GREGORIO: La enemistad es entre nuestros amos y nosotros, entre hombres, me refiero.

SANSÓN: Para el caso, es lo mismo. Voy a enseñarles yo lo que vale un tirano; primero arremeto contra los hombres y luego verás el trato que doy a las doncellas: les romperé la cerviz.

GREGORIO: ¿La cerviz, a las doncellas?

SANSÓN: Eso mismo, descervizgaré a las doncellas. Tómallo por donde te plazca.

GREGORIO: Quienes lo habrán de tomar por algún lado son las que te prueben.

SANSÓN: Me probarán, descuida, mientras no decaiga; sabido es que estoy hecho un buen pedazo de carne.

GREGORIO: Mejor, porque si fueras pescado, arenque seco serías. Saca la herramienta. Ahí llegan dos de la casa de los Montesco.

Entran ABRAHAM y BALTASAR, criados de la casa de los Montesco.

SANSÓN: Sacada está. Éntrales. Te cubro por detrás.

GREGORIO: ¿Cómo? ¿Te pones detrás y te vas corriendo?

SANSÓN: De mí no tienes qué temer.

GREGORIO: ¡No, qué va! ¡Miedo me das!

SANSÓN: Oye, procuremos no saltarnos la ley. Que empiecen ellos.

GREGORIO: Voy a mirarlos mal al pasar y que lo tomen como quieran.

SANSÓN: Querrás decir como puedan. Voy a enseñar este dedo, ¡toma! Es una ofensa grande, si se la tragan.

ABRAHAM: ¿Nos enseñáis el dedo, señor?

SANSÓN: Lo enseño, señor.

ABRAHAM: ¿Nos enseñáis el dedo a nosotros, señor?

SANSÓN [*aparte, a GREGORIO*]: Si digo que sí, ¿nos saltamos la ley?

GREGORIO [*aparte, a SANSÓN*]: No.

SANSÓN: No, señor, no os enseño el dedo a vos, pero lo enseño.

GREGORIO: ¿Queréis pelea, señor?

ABRAHAM: ¿Pelea? No, no.

SANSÓN: Porque, si la queréis, aquí me tenéis. Sirvo a un amo tan digno como el vuestro.

ABRAHAM: Que no mejor.

SANSÓN: A ver, señor.

Entra BENVOLIO.

GREGORIO [*aparte, a SANSÓN*]: Di «mejor». Ahí viene uno de la familia de mi amo.

SANSÓN: Sí, señor, mejor.

ABRAHAM: Mentís.

SANSÓN: ¡En guardia, si sois hombres! Gregorio, enséñales tu estocada infalible.

Luchan.

BENVOLIO: ¡Separaos, necios! Bajad las armas, no sabéis lo que hacéis.

Los desarma.

Entra TEOBALDO.

TEOBALDO: ¿Qué es esto? ¿Desnudáis la espada contra estos siervos despavoridos? Volveos, Benvolio, y contemplad vuestra muerte.

BENVOLIO: Sólo quiero poner paz entre estos hombres. Bajad el arma o ayudadme a separarlos.

TEOBALDO: ¿Cómo? ¿Habláis de paz espada en mano? Aborrezco esa palabra como al mismísimo infierno, a todos los Montesco y a vos. ¡En guardia, cobarde!

Luchan.

Entran varios de ambas casas y se unen a la pelea; entran ciudadanos con palos y partesanas.

CIUDADANOS: ¡Palos, picas y machetes! ¡Al ataque! ¡Acabemos con todos! ¡Abajo los Capuleto! ¡Abajo los Montesco!

Entran el anciano CAPULETO, en bata, y la SEÑORA DE CAPULETO.

CAPULETO: ¿Qué alboroto es este? ¡Mi espada de combate, pronto!

SEÑORA DE CAPULETO: ¡La muleta! ¡Mejor, pedid la muleta! ¿Para qué queréis la espada?

Entran el anciano MONTESCO y la SEÑORA DE MONTESCO.

CAPULETO: ¡Mi espada, os digo! Por ahí se acerca el viejo Montesco blandiendo el hierro en mis narices.

MONTESCO: ¡Ah, vil Capuleto! No me detengáis. ¡Soltadme!

SEÑORA DE MONTESCO: Ni un paso deis contra vuestro enemigo.

Entra el PRÍNCIPE con su séquito.

PRÍNCIPE: ¡Súbditos facciosos, enemigos de la paz, profanadores del acero que mancilláis con sangre de vuestros vecinos!... ¿Acaso no me oyen éstos? Pero ¿cómo? ¿Qué hombres, qué fieras sois, que apagáis el furor de la perniciosa ira en la fontana purpúrea de vuestras venas? Bajo pena de tormento, ¡arrojen vuestras manos ensangrentadas esas armas mal templadas y oíd la sentencia de vuestro príncipe, pues nos habéis disgustado! Ya son tres vuestras pependencias, viejo Capuleto, y vos, Montesco, que, so pretexto de una mera palabra, por tres veces habéis alterado la paz de nuestras calles incitando a los an-

cianos de Verona a despojarse de sus venerables atributos y a empuñar en sus viejas manos armas aún más viejas, corroídas por los años de paz, para separar vuestro odio corrosivo. Si volvéis a alborotar nuestras calles, pagaréis por la paz con la vida. Por esta vez, marchaos todos. Vos, Capuleto, venid conmigo. Vos, Montesco, presentaos esta tarde en la antigua Villa Franca, donde administramos justicia, para conocer nuestra decisión en este caso. Y lo digo una vez más: so pena de muerte, ¡marchaos todos!

Salen todos menos MONTESCO, la SEÑORA DE MONTESCO y BENVOLIO.

MONTESCO: ¿Quién ha reavivado la antigua disputa? Habla, sobrino, ¿estabas aquí cuando empezó?

BENVOLIO: Cuando llegué, hallábanse aquí mismo, luchando cuerpo a cuerpo, los criados de vuestro enemigo y los nuestros. Desenvainé para separarlos y a tal punto apareció el feroz Teobaldo, espada en mano; dio en retarme haciendo molinetes con el acero, cortando con la hoja el aire, el cual, sin sufrir mal alguno, silbó burlonamente. En tanto andábamos a tajos y mandobles, fue allegándose más gente y cada cual tomó partido por el uno o por el otro, hasta que apareció el príncipe y separó a los unos de los otros.

SEÑORA DE MONTESCO: ¡Ah! ¿Dónde está Romeo? ¿Lo has visto hoy? Mucho me alegra que no tomase parte en la reyerta.

BENVOLIO: Señora, una hora antes de que el venerado sol despuntara por la áurea ventana de Oriente, preso de un

desasosiego, salí a pasear por el bosquecillo de sicomoros que crece a poniente de la ciudad; a esa hora temprana vi a vuestro hijo y hacia él encaminé mis pasos, mas, al verme, buscó escondite entre los árboles. Entonces yo, midiendo sus deseos por los míos (tan ávidos de soledad que mi propia compañía me sobraba), obedecí el dictado de mi ánimo al tiempo que complacía el suyo y esquivé de buen grado a quien esquivarme quería.

MONTESCO: Muchas son las madrugadas que lo han visto en tal paraje alimentando con lágrimas el fresco rocío matutino, acrecentando las nubes con nubes de grandes suspiros. Mas tan pronto como en el lejano Oriente comienza el sol, que todo lo anima, a descorrer las brumosas cortinas del lecho de la Aurora, refúgiase en casa mi apesadumbrado hijo, huyendo de la luz, reclúyese a solas en su cámara y, cerrando los postigos al claro sol, alarga la noche para sí solo. Si algún buen consejo no disipa la causa, acabará dominado por la sombría y nefasta melancolía.

BENVOLIO: ¿Conocéis la causa, mi noble tío?

MONTESCO: No la conozco, ni de sus labios he de conocerla.

BENVOLIO: ¿Le habéis preguntado vos?

MONTESCO: Personalmente y por mediación de muchos amigos. Pero él, único consejero de sí mismo, mas no sé si con acierto, sólo en sí confía, y se muestra tan reservado y celoso de sus secretos que es imposible sondearlo y descubrir el mal que lo aqueja, como sucede al capullo mordido por un gusano envidioso, que no puede abrir sus fragantes pétalos al aire ni dedicar al sol su belleza.

Si tan sólo supiéramos la causa de tanto pesar, le procuraríamos remedio con gusto y sin tardanza.

Entra ROMEO.

BENVOLIO: Por ahí viene. Tened la bondad de retiraros; si no reniega de mi amistad, descubriré la causa de su aflicción.

MONTESCO: ¡Así tengas, por quedarte, la gran fortuna de oír una confesión sincera! Vamos, señora, desaparezcamos de aquí.

Salen MONTESCO y la SEÑORA DE MONTESCO.

BENVOLIO: Buenos días, primo.

ROMEO: ¿Ya es de día?

BENVOLIO: Acaban de dar las nueve.

ROMEO: ¡Ay de mí! ¡Largas se me hacen las horas tristes!

¿Era mi padre el que se marchaba de prisa y corriendo?

BENVOLIO: Sí. ¿Qué tristeza alarga las horas de Romeo?

ROMEO: El carecer de lo que, teniéndolo, las acorta.

BENVOLIO: ¿El amor?

ROMEO: La privación.

BENVOLIO: ¿Del amor?

ROMEO: Del favor de la que amo.

BENVOLIO: ¡Lástima de amor! Se presenta adorable cuando en verdad es un tirano inclemente.

ROMEO: ¡Lástima de amor! A pesar de la venda que lleva, ve, aun sin ojos, la manera de lograr su propósito. ¿Dónde



almorzamos? ¡Ahí va! ¿Qué lucha se ha librado aquí? Mas no me lo cuentes, que lo he oído todo. El odio hace estragos, pero mayores los hace el amor. Por lo tanto, ¡oh, amor belicoso!, ¡ah, odio amoroso! ¡Eh, lo que seas, que naces de la nada! ¡Ay, grave ingravidez, humilde vanidad, caos deforme de contornos bellos! Pluma de plomo, humo luminoso, fuego frío, salud enferma, sueño insomne que no es lo que es! Tal es el amor que siento, pues no siento amor en él. ¿No te ríes?

BENVOLIO: No, primito, antes lloro.

ROMEO: ¿Por qué, corazón bondadoso?

BENVOLIO: Por el sufrimiento de tu buen corazón.

ROMEO: Son las jugarretas del amor. Las penas me oprimen el pecho, y ahora tú, con las tuyas, las aumentas. El afecto que me manifiestas agrava mis muchas cuitas con una más. El amor es humo hecho de vapor de suspiros; si halla consumación, es fuego chispeante en los ojos enamorados, de lo contrario, trócase en un mar de lágrimas enamoradas. ¿Qué otra cosa es? Locura sensatísima, hiel que asfixia, miel que conserva. Adiós, primito mío.

BENVOLIO: Espera; voy contigo; no es justo que me dejes así.

ROMEO: ¡Bah! Me he perdido, no estoy aquí. No soy Romeo.

Romeo está en otra parte.

BENVOLIO: En serio, dime de quién te has enamorado.

ROMEO: ¡Cómo! ¿Quieres que me deshaga en llanto?

BENVOLIO: No, pero dímelo, en serio.

ROMEO: ¿Pides en serio a un enfermo que haga testamento?

¡Qué requerimiento tan inoportuno para el que ha perdido la salud! De veras, primo, amo a una mujer.